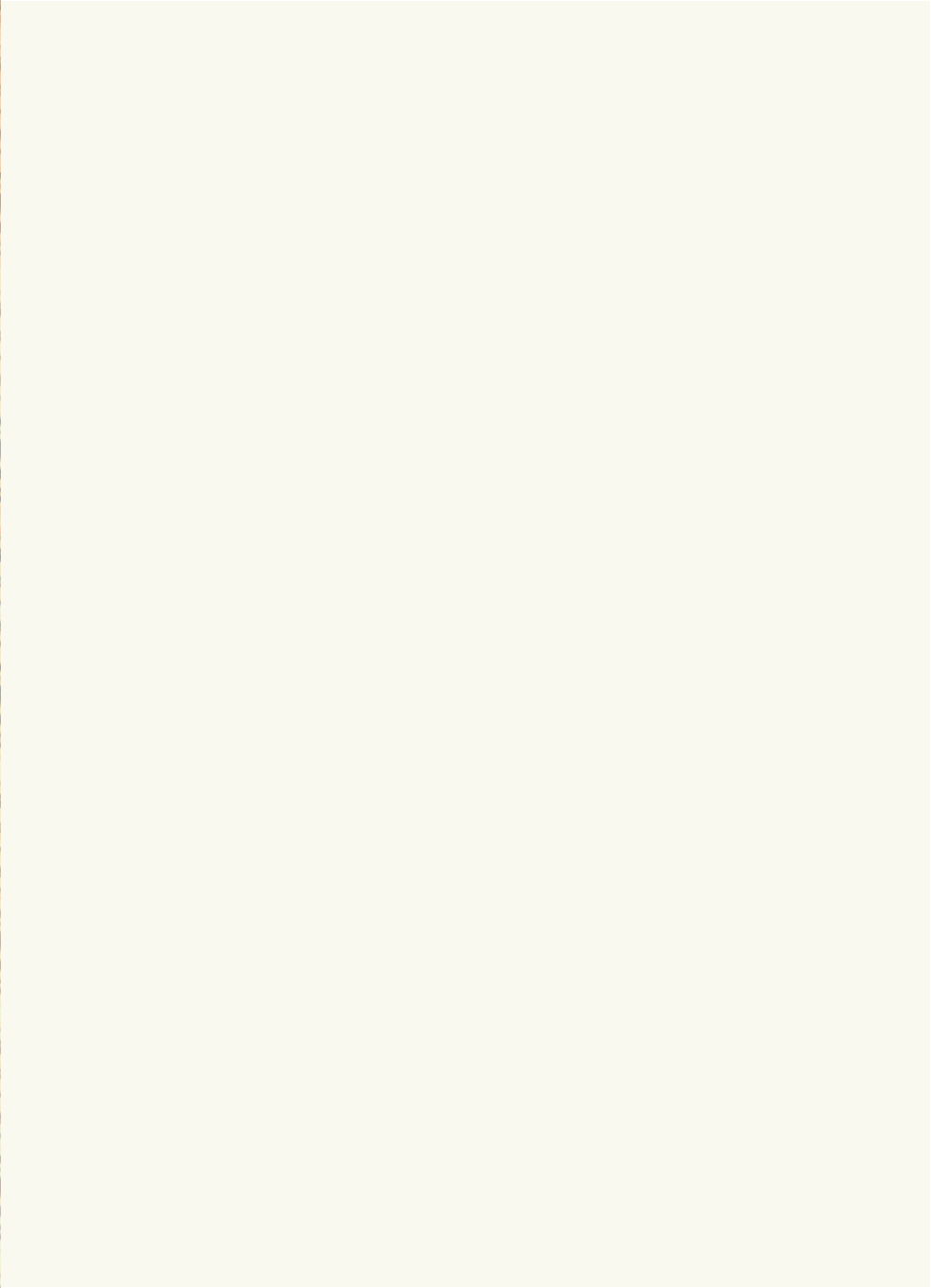


DEJAME QUE TE CUENTE

Mario Galuppo



DEJAME QUE TE CUENTE

Mario Galuppo



Una mente brillante.

La primera vez que lo vi fue en La Medallita. Era el primer día de clases, hacía poco que nos habíamos mudado a Alberdi y yo no conocía absolutamente a nadie. Mi mamá había decidido anotarme en esa escuela porque quedaba cerca de mi nueva casa y la mamá de él había pensado lo mismo. Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, como en verdad se llamaba la escuela, quedaba en ángulo con la plaza Alberdi, al lado la de iglesia. Los curas la habían fundado apenas tres años antes de nuestro ingreso y entonces todo estaba por hacerse.

No le presté especial atención al petiso hasta el día en que la profesora entregó los primeros exámenes y nos dimos cuenta de que habíamos sacado la misma nota. Creo que ese fue el momento en que empezamos a ser tan amigos como competidores, a sacarnos chispas en cada materia y también en la cancha de fútbol, por supuesto. Parecía a propósito: yo era hinchista de Newell's y él, que primero alentaba por el rojo de Avellaneda, se transformó en fanático de Central.

A los pocos meses tuve que asumir que él era el más inteligente de todos nosotros. Siempre me ganó. El Coqui, como le decíamos, era una computadora. Con los años, se recibiría de ingeniero haciendo una carrera vertiginosa y obteniendo el mejor promedio histórico que, creo, hasta el día de hoy nadie pudo superar. Era un avión.

Pero bueno, eso fue mucho después.

En aquellos días que empezamos la secundaria, o sea por el 64, el barrio Alberdi era una cosa ¿cómo decirlo?... como muy democrática. Había gente de clases sociales diferentes y todos podíamos mezclarnos en una fiesta o relacionarnos sin que uno se sintiera menospreciado por otro. Era eso y vivir cerca del río. Y jugar al fútbol en el Club Sportivo Alberdi y organizar asaltos donde algunos llevaban la bebida, otros la comida y sonaban, cómo no, los Beatles.

1953
El Grupo
Apellido

Mario Oreste
Nombre



Con el Coqui fuimos creciendo juntos y compartiendo muchas cosas. También con su hermano mayor, el Cachi; y con Claudio y el negro Pocho, Caito, el Bolí Méndez y podría seguir con la lista...

Los dos hermanos jugaban bien a la pelota. Se habían curtido en el potrero, en pleno campo de la localidad de 9 de Julio, provincia de Buenos Aires. Es que no siempre habían vivido en Rosario. En verdad, me contaron después, el Coqui y el Cachi habían nacido por acá por Alberdi y hasta habían asistido un tiempo al colegio Gabriel Carrasco, pero enseguida debieron mudarse de provincia por cuestiones del trabajo de Tito, su papá. Don Tito trabajaba entonces para las cooperativas cerealeras de Federación Agraria y no sé por qué cuestión lo necesitaban en 9 de Julio. La mamá de los chicos, Rosita, nunca estuvo muy contenta con el cambio, pero allá fueron.

Tanto Coqui como Cachi me contaron cientos de historias de sus años en 9 de Julio: que cazaban perdices, que andaban a caballo, que corrían carreras, que tuvieron que pelear su derecho de piso por ser «los nuevos del pueblo» y no sé cuántas cosas más. La que más me gustaba era la de la paliza que le dieron al grandote. Esa lo pintaba entero al Coqui que era, digamos, un petiso bastante cabrón.

Según la heroica anécdota, durante sus primeros días en 9 de Julio los hermanos sufrieron la persecución de un chico más grande que los esperaba escondido en una zanja, a la salida de la escuela. El pibe los insultaba y los quería fajar. Como ellos eran «los nuevos», les tocaba correr y callarse la boca. Probaron con cambiar de camino, pero el chico volvía a aparecéseles al doblar la esquina. Una mañana el Coqui se plantó y dijo:

–Yo no corro más.

Ese mediodía lo enfrentaron y se cansaron de darle trompadas hasta que el pibe se puso a llorar.

«Nunca más volvimos a encontrarlo, pero la hazaña motivó el reconocimiento de los compañeros de curso hacia el hermano mayor y el más bravío chiquito», escribió Cachi, al que a veces le dicen Juan Antonio Galuppo.

«El bravío chiquito», que en los papeles se llamaba Mario Orestes Galuppo, había empezado a destacarse en el primero superior, grado al que entró apenas se mudaron a 9 de Julio. Dicen que en la entrada del colegio, frente a la dirección, aparecían los cuadros de honor donde figuraban los cinco mejores alumnos de cada curso. Coqui ocupó el primer puesto desde que llegó a la escuela. Al poco tiempo, y para orgullo de sus padres, los directivos decidieron adelantarle un año y entonces el Coqui empezó el tercer grado junto a su hermano mayor.

Aunque no todo fue maravilloso en su infancia. El Cachi cuenta en un libro que escribió hace poco, que su hermano no sólo sufría por ser petiso sino también por la ortodoncia que tuvo que padecer para reacomodar sus dientes de conejo. Además, se

hacía pis en la cama y a veces también en la escuela, donde la cara se le llenaba de vergüenza y odio y parecía que iba a explotar ante las burlas de los demás. Cachi no podía entender cómo su hermano se hacía pis encima siendo más inteligente que muchos adultos. También a mí me costó creerle la historia: pensé que la había inventado para dejarlo mal parado hasta que Rosita me confirmó que sí, que era verdad.

Ahora se me viene a la cabeza el recuerdo del Coqui hablando horas de su tío narigón. Lo quería muchísimo a ese hombre que, creo yo, no era un tío de sangre sino amigo de sus padres. Me contaba que este señor, al que yo no conocí, tenía una biblioteca enorme que cuidaba con celo y en la que ellos se sumergían cada vez que lo visitaban. Fue él quien le regaló a Coqui uno de sus primeros libros: *Cómo entretenerse en un día de lluvia*. Cachi todavía se acuerda cómo su hermano atrapó el libro «con la misma pasión que un niño agarra una sortija». Para su orgullo, el tío narigón lo llamaba «el genio».

Desde entonces, la avidez del Coqui por el conocimiento no se detuvo más. Devoraba los libros de Verne y Salgari, sus autores preferidos, y a los 8 años pidió de regalo un atlas y un globo terráqueo. Me contó una vez su hermano que a la versión que tenían de *Viaje al centro de la Tierra*, de Verne, le faltaban 3 hojas y que el Coqui no pudo con su genio e inventó, de puño y letra, el contenido faltante. Tenía entonces 9 años.

Al comenzar 1963 los Galuppo volvieron a cargar el camión de mudanzas para retornar a Rosario. Tito había conseguido un trabajo nuevo y Rosita estuvo de acuerdo con el regreso: añoraba su ciudad desde el primer día en que se habían alejado. Los chicos hicieron su último año de primaria en el colegio Gabriel Carrasco de Rosario y después el Coqui se anotó en La Medallita, donde yo lo vi por primera vez.

Alberdi era un barrio muy lindo y creo que por eso no les costó adaptarse, para nada; más bien lo contrario. A pesar de su baja estatura, Coqui



fue el arquero indiscutible del equipo y también conquistó la admiración en los tableros de ajedrez. Con decir que un día le ganó dos partidas a Roberto, el maestro del Círculo de Ajedrez de la vecinal. Fue el comentario de todos, era un pibito todavía...

Ya dije que era un fuera de serie o un avión o algo así. Fue la persona más inteligente que conocí y por eso es que a veces se me hace tan difícil pensar cómo no se dio cuenta de lo que estaba pasando, cómo no entendió o no quiso ver lo que ineludiblemente iba a ocurrir.

* * *

La noche estaba regada de estrellas. Caminábamos por la vera de la ruta, acompañados de un viento fresco veraniego y de una cantimplora cargada con vino tinto. Nuestra idea era llegar al monumento al Indio Bamba antes de que amaneciera, recorriendo a pata los 17 kilómetros que nos separaban de él. Claro que podríamos haber ido en colectivo, pero no hubiese sido lo mismo. Pensábamos que nadie se había animado antes a hacer ese camino a pie y por la noche; la idea de ser pioneros era razón suficiente. Todavía me acuerdo de la magia de esa excursión improvisada: los diálogos, la pipa, los mensajes ocultos en los astros, la oscuridad.

El camino que bordeaba la ruta se acabó y debimos sumergirnos en el silencio del valle, caminando por un sendero pedregoso donde tropezamos más de una vez. Ya no nos acompañaban las luces de los autos, sólo el débil rumor luminoso de una linterna a punto de apagarse y una sensación de desamparo que nos hizo apurar el tranco.

Llegamos antes del amanecer. De ahí es esa foto donde el Coqui duerme todo torcido, esperando que abriera el día. El Sol nos fue revelando un cuadro tan maravilloso que hasta hablábamos en voz baja para no alterar el paisaje. Cachi pudo sacar jugo de la Olympus que le había regalado su papá y sacó unas fotos hermosas que condensan todo el esfuerzo y encanto de nuestra travesía.

Así fue nuestra primera noche de vacaciones en Carlos Paz, enero de 1970. A los pocos días el Coqui conocería a Graciela, la «japonesita».

Cierro los ojos y nos veo a los tres –Coqui, Cachi y yo– regresando al tranco hacia el hospedaje, después de una noche de baile en ese boliche que hacía famosa a la ciudad: el Molino Rojo. El petiso estaba nervioso, las palabras se le atropellaban unas con otras en su intento por resumir su encuentro con Graciela en aquel pub bailable. Él le había invitado con una Coca Cola, ella se la había rechazado por ser «un típico producto del imperialismo yanqui».

Él se había enamorado.

Al día siguiente fuimos al balneario donde Graciela se alojaba en una casa con decenas de tíos y primos. Pero el romance no empezaría esa tarde sino tiempo después, quizás al año siguiente, cuando se reencontrarían en Carlos Paz. Mientras tanto, me contó después el Coqui, se mandarían cartas de Córdoba a Rosario. Es que la japonesa estudiaba abogacía en la capital, venía de una familia de guita y tradición, pero se revelaba en contra de todo eso. Yo siempre le creí.

Fueron unas buenas vacaciones y marcaron el ritmo de lo que iba a venir, porque el 70 fue un año en que pasaron muchas cosas lindas: lo del teatro y el Grupo Viernes, por ejemplo. Todo gracias al cura Agustín Amantini, un tercermundista que trabajaba en la parroquia de Alberdi y que impulsó la juntada en La Medallita de un grupo de pibes con interés en el arte. Nosotros estuvimos ahí, claro.



Yo les aseguro que daría mi
vida a cambio de la de ella que con lo
de este mi amor se multiplicó por cien mil...
Que nunca le di un abrazo tan grande
como el que le estoy dando ahora. Que
en toda la vida la volviera a ver es
constante, eso constante sería eterno.

La primera obra que presentamos fue «El baile de los ladrones», una comedia de Jean Anouilh. Fue todo un éxito: habíamos restaurado el auditorio de la parroquia de Arroyito, teníamos escenografía, iluminación, maquillaje y muchísimo ensayo. Ese sábado de noviembre cuando levantamos el telón el primero que salió fue el Coqui, vestido de elegante traje y con la seguridad de un actor profesional, feliz ante los aplausos de un público que había llenado la sala.

Sin embargo, no fueron nuestros profesores de teatro los que nos acercaron a la militancia. Leonardo e Ignacio, así se llamaban, creían que el arte no debía mezclarse con la política. Nosotros, de a poco, comenzábamos a pensar lo contrario. Éramos del público de El Arteón, donde estaban las obras más provocadoras y de creación colectiva. El Coqui no se perdía ningún debate: participaba prendido fuego de las discusiones posteriores a cada función.

El teatro solo sería posible como modificador de la realidad. Eso le dijimos a nuestros directores y la polémica hizo estallar en fragmentos al Grupo Viernes. No hubo negociación. A los pocos días, Coqui, que escribía cuentos y poesía, borroneó una obra de teatro que se llamó «Tres y Uno» y meses después la presentamos en Arteón con dirección de él y mía. Estaba muy buena, hablaba sobre la violencia cotidiana y transcurría en una pensión de estudiantes. Hay una frase muy particular que le dice un personaje a otro, quizás un síntoma de lo que ya tenía definido el Coqui en su cabeza o de lo que empezaba a buscar:

–Yo no puedo ni debo juzgar a mi generación, puedo y debo vivirla.

Hasta entonces el Coqui había cuestionado las injusticias sociales sin definirse, digamos, por una forma para combatirla. Su causa era el hombre, creo que por la formación humanista y cristiana que habíamos tenido. Pero pasaban muchas cosas

en el país y había que tomar partido, estar de algún lado, entonces nosotros elegimos estar del lado del pueblo, del lado de la revolución, porque ésa era la palabra, la revolución.

Ahora suena fuerte y hasta vieja, pero en esos años era el pan nuestro de cada día. Me pesa un poco decirlo, me pone triste recordar y hasta sentir en la piel que estábamos absolutamente convencidos de que lo íbamos a conseguir y que después las cosas salieron mal, muy mal.

* * *

La militancia había empezado en la vecinal de Parque Casas. Ahí el Coqui colaboraba en las actividades culturales e intentaba formar un grupo de teatro. Después enganchó con el padre Agustín en San Francisquito y entonces iba todos los sábados a hacer juegos de expresión corporal que buscaban dejar alguna lección: el obrero sometido, la mujer degradada, el extranjero explotador... Yo iba con él y a veces también venía el Cachi.

Por un tiempo nos vinculamos a la Cooperativa de Trabajadores del Arte, aunque el Coqui siempre les desconfió. Se presentaba como un grupo abierto y multipartidario y terminamos por salir corriendo el día en que llevaron fichas para afiliarnos a la Federación Juvenil Comunista. Esa tarde nos distanciamos de muchos amigos que sí firmaron: las cosas eran así.

Creo que la poesía que tituló Marx y Lenin la escribe en esos días dejando bien clarita su posición. Al poco tiempo iba a ingresar a la Juventud Peronista y a dedicarse de lleno a la militancia barrial.

Fue ahí que nuestros caminos empezaron a abrirse: yo militaba en el peronismo en la facultad de Medicina, donde estudiaba, y él se quedó en la Unidad Básica con el laburo de territorio. Coqui había entrado a la Tecnológica a hacer ingeniería electrónica, pero hizo una carrera tan meteórica que su militancia en la facultad fue fugaz. El loco aprobaba las materias de taquito, sin demasiado interés.

Empecé a verlo menos, por eso es que no tengo demasiados recuerdos de aquel período. Pero según lo que contó su hermano después, el Coqui comenzó a alejarse, a tener un trato hostil con su familia, ya no se juntaba con sus amigos de siempre y apenas dormía en su casa. Todas las conversaciones le resultaban intrascendentes, se reía poco y terminaba yéndose de las reuniones muy irritado. Era claro que tenía la cabeza en otra cosa y nadie sabía muy bien en qué. La tensión en su casa estalló el día en que le reprochó a Don Tito haber cambiado los azulejos de la cocina, interpretándolo como un «vulgar lujo burgués».

El clima se descomprimió –sólo un poco– con el casamiento. Yo creo que fue un regalo para la familia porque se casaron con todas las de la ley; en especial para Rosita, la mamá del Coqui, que ya andaba preocupada por el noviazgo «anormal» de su hijo. «Recién llegó Graciela de visita y no hacen otra cosa que hablar de política», protestaba su madre.

No me extraña para nada que su familia lo haya sentido alejado, porque de verdad que todos empezamos a vivir una realidad paralela. Tratábamos con soberbia, y quizás hasta desprecio, a los que pensaban distinto, a los que venían a decirnos que las cosas no estaban sucediendo como las imaginábamos y nosotros cerrábamos las discusiones diciendo: «ustedes piensan así porque no son revolucionarios». Estaba Cuba ¿no? y teníamos la esperanza de que eso se pudiera reproducir en Argentina. Nos compramos todos –todos– los espejitos de colores; pero claro, de eso nos dimos cuenta después.

Desde que el Coqui se casó, en el 74, hasta octubre del 76 tuvo tres domicilios. Yo empecé a verlo menos, nos distanciamos por la militancia y entonces todo lo que pasó en esos dos años lo supe por boca de otros o me lo fui enterando tiempo después.

Supe que vivió primero en la calle Balcarce, donde el Cachi lo visitó por única vez, en un departamento semivacío cuyo único electrodoméstico era una heladera apenas dotada con una jarra de agua. Al poco tiempo se mudaron a San Nicolás porque Coqui, después de graduarse, había conseguido trabajo como ingeniero en Acindar.

Y ahí es donde se nos pierde un poco el rastro. Lo único que yo sabía es que ellos eran oficiales en la Orga; mientras yo seguía siendo suboficial, y que al Coqui en el ámbito de la militancia se lo conocía como Cuis. Pero nada más. No sé en qué consistía su militancia ni por qué se mudaron a Santa Fe. Tal vez la Orga fue la que los mandó para allá, quién sabe.

El principio del fin me lo marcó el asesinato del Beto Sabao, en el 75. Ahí dije basta. Era el secretario académico de la facultad de Medicina y lo acribillaron en la Florida un domingo frente a su familia. Yo ya tenía mis diferencias con la dirigencia, había hecho un solo operativo y me bastó para darme cuenta cómo se manejaban. De alguna manera, yo seguía inserto en las estructuras sociales, tal vez por mis dos hijos y mi trabajo, que no tenía que ver con la organización, y empecé a tener opiniones encontradas con lo que hacía la dirección de Montoneros. Yo militaba en la Juventud Peronista, pero siempre supimos que existía esa conexión; me di cuenta de que nos estaban mandando al matadero.

Pero Coqui siguió y siguió, cada vez más adentro, bajando un escalón y otro y otro más, supongo que ya integrado a Montoneros. Yo me abrí, tuve que dejar la facultad para que no me buscaran, para que no me desaparecieran y me interné en un pueblo de Córdoba.

En esos convulsionados meses, el Coqui y Graciela adoptaron a Felipe. Según me enteré después, no habían podido tener hijos y decidieron adoptar. Cachi cuenta en su libro la última visita que les hicieron en Rosario con el bebé en brazos, en septiembre del 76, cuando compartieron una cena alegre, canelones y vino añejado para festejar. Pero el Coqui no estaba bien. Siempre había sido un tipo que somatizaba todo, algo hipocondríaco y miedoso; y esa noche Cachi tuvo que llevarlo al hospital por una diarrea que hacía varios días que no lo dejaba tranquilo. Fue en la sala de espera donde le confesó que tenía miedo y que le pasaban muchas cosas, aunque no quiso relacionar eso con la militancia, sino con su paternidad. Cachi dice que los gestos y la mirada evasiva de su hermano afirmaban a gritos lo contrario. Graciela también fue determinante: «no tenemos más preocupaciones que el resto de la gente», dijo.

El 21 de septiembre ella fue secuestrada por la policía a plena luz del día en el centro de la



*Hablemos un poco del nene.

Este muy muy simpático, se sía y juega mucho. Me reconoce cualquier cantidad, sigue permanentemente, mi voz, hay cosas que me ayudan a criarlo, cuando yo no estoy pero fundamentalmente lo crío yo. Y aunque no lo creen, hasta a mi mismo de cuesta creerlo, me está saliendo todo demasiado bien. Lo tengo totalmente juado, si tiene hambre o sed, si está molesto, por sueño, si quiere bajar, si le duele la pucita, si quiere brazo y tiene manita

ciudad de Santa Fe. Alcanzó a gritar su nombre y el teléfono de sus padres, por eso mucha gente llamó para dar la noticia en Córdoba. Apenas lo supo, Coqui huyó con el bebé a casa de unos amigos y a los pocos días su vivienda fue saqueada y destrizada, según me enteré después, sin encontrar pruebas que los incriminaran.

Yo tengo una copia de la carta que le manda a sus padres, después del secuestro de Graciela, donde deja expuestos su decisión y su miedo y, creo yo, el grado de alienación en que estaba sumergido que no le permitía ver lo que en verdad pasaba.

Don Tito se había reunido con su sobrino, el militar. Creo que se llamaba Edgardo Galuppo y trabajaba bajo las órdenes de Galtieri. El tipo tenía cierto peso, entonces averiguó y les dijo que el Coqui estaba jugado y que la única salida con vida era Brasil o Bolivia. La respuesta viene en esa carta –tremenda– de la que tengo la copia, que dice en una parte, textual:

«Si Graciela con todo lo que está pasando, se enterara, de que mi actitud es borrarla, irme, se moriría ¡Que quede bien claro! Nadie me amenaza ni me va a matar por irme, el único que decide pelear hasta el final soy yo, que estoy totalmente convencido que todo este sacrificio, aunque sea terrible no va a ser inútil».

Un poco antes, en ese extenso descargo, escribe también esto otro:

«Estoy convencido de que nuestra lucha es justa, y que si bien estos tiempos son muy duros, son necesarios, dado que con el hostigamiento continuo al gobierno que estamos dando, pasaremos a otra etapa donde se sumaran muchísimos más hombres a esta lucha y ahí seguro que esto se va a acabar».

Yo veía claramente que estábamos perdiendo, que había que replegarse y cuidar a la gente. La historia esa de llamar a una ofensiva general era un suicidio masivo y yo no iba a participar de eso.

Me ligué que muchos amigos me llamasen traidor y quedé muy solo. Quise llevarme a mucha gente, tironeé... pero no me hicieron caso. Estábamos tan atados que convencer a alguien de salirse de un proyecto, por más que se le pudiera demostrar que no iba a ninguna parte o que iba a la propia destrucción, era casi imposible.

Explicué a muchos mi decisión, pero con el Coqui no tuve posibilidad de hacerlo como hubiese querido. Creo que no me lo permitió, yo tenía miedo a su reacción porque lo conocía, él tenía un carácter fuerte y tampoco escuchaba. Por ahí pienso que no hicieron tanto bien al adelantarlo de curso, era un pibe con mucha diferencia intelectual con el resto y no escuchaba a nadie, se sentía imbatible. A mí eso me molestaba mucho, me ofendía, pero ahora que tengo un hijo de 27 años me doy cuenta de que el Coqui era un pibe, un nene: tenía apenas 24 cuando lo mataron.

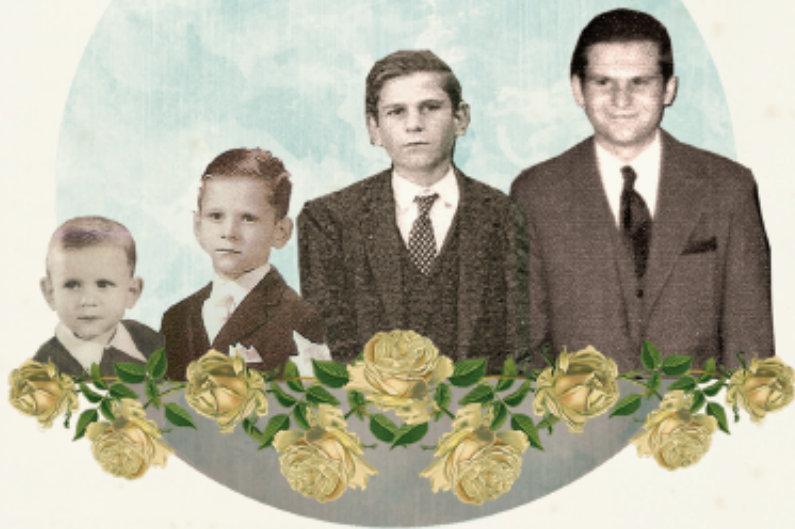
* * *

Las circunstancias nunca estuvieron muy claras. Hay diferentes versiones de los hechos: que quisieron escapar en un auto, que detonaron una granada, que los tumbaron cuando huían por los techos, que estaba acompañado de una chica que también murió y de un hombre que escapó, pero nadie sabe con certezas.

El Cachi, supe años después, estaba de guardia en Casilda cuando recibió la noticia. Fue su primo, el militar, quien le avisó y le explicó los pasos a seguir. El mismo primo lo acompañó a darle la noticia a Tito y a Rosita, que se dieron cuenta de todo con sólo verlos llegar juntos. Cachi viajó a Santa Fe escoltado por su padrino y un primo de su papá, a buscar el cuerpo de su hermano y averiguar qué había pasado con Felipe.

No se cansó nunca de decir que fue la intervención de su primo la que les permitió recuperar el cuerpo de su hermano. Es terrible el relato que hace Cachi en su libro sobre aquel viaje a la

Nosotros podríamos haber tenido
confort, lujos, comodidades, gloria y con-
tas rosas más. Porqué elegimos una vida
distinta? Para que todos tengan como-
didades mínimas, y paz, alguna vez. »



ha fallecido a consecuencia de Muerte Violenta

capital provincial y sobre su «conversación» con los oficiales de la Guardia de Infantería, quienes se negaban a explicarle qué había pasado con el bebé. Tuvo que sacar fuerzas de donde no tenía e inventar que el propio Galtieri estaba preocupado por esa criatura. Finalmente, llegó la respuesta:

–El bebé lo tengo yo –le dijo uno de los oficiales. Por suerte, pudieron buscar a Felipe en la Casa Cuna a los pocos días.

El asesinato había sido el 6 de octubre. Graciela había desaparecido el 21 de septiembre. Yo me enteré de todo por carta, tarde, por supuesto. Supe después que sus padres habían estado en Santa Fe unas semanas antes del final, para el cumpleaños de Coqui.

«Un 19 de septiembre lo tuve en mis brazos por primera vez y también un 19 de septiembre lo abracé y besé para no verlo nunca más...», repite Rosita desde entonces, durante todos estos años.

Graciela no aparecería nunca, a pesar de todas las presentaciones, pedidos y trámites que hizo su familia y la de Coqui. El primo militar parece que no intervino en este caso.

Yo no dejo de pensar en aquellos dirigentes que tuvieron en sus manos a tanta gente queriendo un cambio, que pudieron hacer algo importante y no supieron canalizar todo lo que esas personas estaban dispuestas a dar. Fue una matanza inútil. Ellos, cualquiera de los líderes, bajo el nombre que sea, no se merecían dirigir a estas personas, a esta gente tan pero tan valiosa.

En esta historia sólo se me dibuja una sonrisa cuando me acuerdo de lo que me contó el Cachi muchos años después, eso de los documentos. ¡Qué bien la hicieron! Cachi recuperó de la casita saqueada de Coqui y Graciela un mueble antiguo que era de su familia, lo reparó y lo volvió a poner en la casa. Una tarde, guardando fotos en uno de los cajones, notó un sonido hueco entre

las maderas. Se buscó un destornillador y las abrió, claro. Cayeron tres sobres de papel repletos de cédulas de identidad sin estrenar. Nos divierte pensar que tal vez eso estaban buscando cuando destruyeron con tanta saña la casita. «En algo los jodieron», rió el Cachi.

Es que el Coqui era un avión, una luz, el más rápido de todos. Y, a veces, cuando paso por la esquina de la plaza Alberdi, donde estaba nuestra escuela, La Medallita, al lado de la Iglesia, donde aterricé sin conocer absolutamente a nadie y lo vi al Coqui por primera vez, donde hicimos teatro y muchas otras cosas, ahí en esa esquina de la ciudad me pregunto cómo es que pudo haber pasado todo esto, con qué moneda nos compramos todos los espejos, cómo el Coqui no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, no entendió o no quiso ver lo que ineludiblemente iba a ocurrir; si él era el más inteligente de todos.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Julia Comba

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



